



Artelogie

Recherche sur les arts, le patrimoine et la littérature de l'Amérique latine

20 | 2023

Artelogie N° 20/10 Ans

Caballos: Economía y vida en *Martín Fierro*

Juan Pablo Luppi



Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/artelogie/12979>

DOI: 10.4000/artelogie.12979

ISSN: 2115-6395

Editor

Association ESCAL

Referencia electrónica

Juan Pablo Luppi, «Caballo: Economía y vida en *Martín Fierro*», *Artelogie* [En línea], 20 | 2023, Publicado el 08 enero 2024, consultado el 02 febrero 2024. URL: <http://journals.openedition.org/artelogie/12979>; DOI: <https://doi.org/10.4000/artelogie.12979>

Este documento fue generado automáticamente el 2 de febrero de 2024.



Únicamente el texto se puede utilizar bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Salvo indicación contraria, los demás elementos (ilustraciones, archivos adicionales importados) son "Todos los derechos reservados".

Caballos: Economía y vida en *Martín Fierro*

Juan Pablo Luppi

Es conocido el chiste de Macedonio Fernández según el cual los gauchos no fueron más que un invento que fraguaron los caballos para entretenerse en la monotonía de la pampa, pero desde el punto de vista cronológico no es para nada un chiste, porque el caballo ocupó la pampa y únicamente después aparecieron los gauchos, en total dependencia respecto del caballo

Juan José Saer, *El río sin orillas*

Ser, tener, decir

- 1 La implícita relación ideológica entre simbolización estética y monetaria resulta un aspecto sugestivo para releer clásicos del último tercio del siglo XIX, que han sido confinados a valor documental, representatividad monumental, obligatoriedad escolar, o deconstruidos en el hallazgo de tonos estético-políticos de la cultura argentina.¹ Como ha leído Shell en “El escarabajo de oro” (1843) de Poe, el dinero no es solo un tema sino que “habla en el discurso general, y por medio de él” (1985: p.165). A la convención del género gauchesco, el *Martín Fierro* superpone otra mediación marginal, complementaria del artificio letrado de oralidad: la voz escrita del gaucho se mezcla con el *idioma de las mercancías* (p.44), distantes del oro californiano al que remite Shell, limitadas en la región pampeana a bienes ganaderos (vacas, ovejas, caballos y herramientas aledañas). Aunque oro, dinero, riqueza sea lo que falta en la vida cantada de Fierro, bajo la espesura poética y política de su voz bulle el capital, que ordenará la vida con creciente intensidad y crisis en el último tercio del XIX. La consolidación del Estado nacional abierta con Pavón (1861) se acelera hacia mediados de la década de 1870, con la gobernabilidad conciliatoria de Avellaneda (que integra a opositores de Sarmiento como Hernández); distanciando los dos poemas que son el *Martín Fierro*, el vértigo

liberal queda impreso en las implicancias ideológicas de la simbolización poética y económica, que veremos concentrada en caballo, tropilla y hacienda. En *El gaucho Martín Fierro* (1872) el caballo es lo poco que se tiene y se pierde por la ley injusta; en *La vuelta de Martín Fierro* (1879) será lo adquirido o robado (en buena ley) al indio. La penuria monocorde de la *Ida* —“exacto ahorro de palabras”, tomando el sintagma que Leumann (1945: p.82) aplica a la composición de la *Vuelta*— resulta importunada en la *Vuelta* por la prodigalidad didáctica y la importación al género de palabras extrañas al gaucho (*libro, alquilar, capital*).

- 2 La canonización cultural del *Martín Fierro* abonó la confusión entre autor y personaje, poeta culto y payador popular, libro (folletos) y canto; como despejó Borges desde los 30 (sin mella en la crítica especializada hasta Jitrik en los 70, Ludmer en los 80, Schwartzman en los 2000) la mitificación del poema pasaba por alto el artificio letrado, limitando la significación del texto a sus referentes, con pretendida representatividad nacional. Ladero del gaucho, el caballo fue parte inescindible del arquetipo, indefenso en su abstracción a manos de letrados que le cargaron atributos interesados. Contradictoriamente, gaucho-caballo sería un universal anclado en el reducto regional, localizado en *las pampas* como sinécdoque de Argentina. La impregnación mutua de humano y animal agrega capas de simbolismo a las mediaciones textuales que reúnen representación poética y monetaria, tornando irrisoria la pretensión arquetípica. Los caballos del poema no representan alguna verdad; mejor, dinamizan el nudo denso de la ficción, la materialidad cantada de la violencia liberal.
- 3 El caballo es un universal argentinizado a medida del gaucho; el acoplamiento humano-animal tensiona la dicotomía fundante *civilización y barbarie*, que Echeverría y Sarmiento concentraban en la frontera entre naturaleza y cultura. En *Glosa* (1986) de Saer se da una discusión sobre la voluntad y el instinto animal, suscitada por la duda sobre si los caballos pueden tropezar. Para clarificar la controversia, Washington (figura tutelar del ciclo saeriano) observa que conviene aplicar en el debate otra animalidad, como la del mosquito, para evitar la “densidad biológica y ontológica excesiva” del caballo, que se presta a tergiversación porque está “demasiado cerca del hombre”: “contamina el razonamiento de peligros antropocéntricos, sin contar además que esa proximidad del caballo con el hombre ha hecho depositario al pobre animal de toda clase de proyecciones simbólicas, a punto tal que, bajo tantas capas de simbolismo, ya es difícil saber dónde se encuentra el verdadero caballo” (SAER, 2003: p.79-80). *Martín Fierro*, acaso el libro argentino más recargado de capas de simbolización, dispone, bajo el caballo temático, otro caballo que no quiere ser verdadero: un caballo material, mudo de significación hasta que, según analizaremos, la voz y la peripecia de Fierro lo cargan con la implícita tensión económica, que hace crujir la bisagra entre *Ida* y *Vuelta*.
- 4 La modernización estanciera desde la década de 1860 complicó la inserción del gaucho en el mercado de tierras y fuerza de trabajo que entonces cristalizaba: “La desaparición de la frontera india, la creciente comercialización de todos los productos de la ganadería y el impresionante desarrollo del cercado de campos fueron estableciendo ritmos de trabajo menos erráticos y limitaron la gran movilidad que caracterizó la vida en los distritos ganaderos” (GALLO, 2013: p.44). En la época de campos abiertos, hasta la expansión del alambrado a mediados de la década de 1870, la tropilla era “una herramienta indispensable, de mantenimiento relativamente fácil y de uso extensamente difundido, tanto por razones de trabajo como por su fuerte contenido

simbólico”; según Garavaglia, “la tropilla de yeguarizos era de presencia obligada en casi todos los habitantes del medio rural”, a cuya propiedad accedían, a diferencia de la tierra. A la facticidad económica, la literatura le superpuso la imaginación poética: desde Bartolomé Hidalgo, la gauchesca hizo de tropilla y caballo “un *topos* poético preferido”, expresando “una realidad simbólica” que se imponía al gaucho “con la fuerza de una evidencia” (GARAVAGLIA, 2001: p.659, 684-685). En 1872, *El gaucho Martín Fierro* lleva esa preferencia poética (que en Hidalgo o Del Campo se formulaba como diálogo entre gauchos, con el caballo como tema costumbrista) al conteo monologal de los bienes perdidos; en la añoranza de Fierro, hacienda, tropilla y caballo tienen la fuerza de evidencia de la expoliación estatal.

- 5 Los caballos humanizaron la pampa, como provoca Saer en el “Verano” primigenio del Río de la Plata, invirtiendo el orden civilizatorio: “es el ganado, vacuno y caballar, lo que creó la civilización, y no lo contrario” (2003a: p.73). Parafraseando a Ulrico Schmidel, *El río sin orillas* (1991) menciona “cinco yeguas y siete caballos” dejados por Pedro de Mendoza cuando abandonó e incendió la ciudad en 1541, “que se perdieron en la llanura: unos años más tarde reaparecerían multiplicados al infinito” (p.73). El dispendio natural de las pampas era un tópico de los viajeros europeos. A fines del siglo XVIII, Félix de Azara anticipaba el sentido aludido por Fierro sobre “el gaucho más infeliz” que poseía “tropilla de un pelo” (II, 211-2): “el gaucho más pobre posee caballos que valen alrededor de dos pesos cada uno”. Lo cita otro viajero al Río de la Plata, Cunninghame Graham, que hacia 1930 insiste en la sorpresa por “las innumerables caballadas que pululan en todas las pampas” (s/f: p.97). El escritor escocés arma la imagen digna de un realismo maravilloso rioplatense (que Saer distorsiona hacia la repetición infinita): los pocos caballos que dejó la fundación frustrada han generado una “comarca abundantemente poblada por yeguarizos salvajes” para 1580, cuando Juan de Garay fundó Buenos Aires otra vez.
- 6 El asombro por la tasa de reproducción de cuadrúpedos insiste en los estudios económicos de etnohistoria norteamericana a fines del XX, comparando la riqueza natural de las pampas con la de las llanuras de Estados Unidos (donde la explotación ganadera convivía con la extracción minera): “As in the North American plains, the pampas proved a natural environment to the few horses and cattle left by Irala and Garay in the 1500s” (JONES, 1984: p.11). Con la implantación del capitalismo desde Buenos Aires hacia la campaña, a falta de oro e industria, la caballada hiperbólica y la extensión territorial se mensuran y privatizan (aunque el viajero europeo, medio siglo después, mantiene la sorpresa y omite el impacto liberal). Flujo final del desparramo mostrenco de tres siglos, la tropilla y la hacienda eran *todo el haber* del gaucho más infeliz (por pobre), en el mundo ideal que Fierro entona en pretérito. Como el alambrado impedirá la libre reproducción animal y las correrías matreras, el reparto de tierra dejará al paisano al margen de la propiedad, sometido a una ley que arbitra sobre hombres libres como animales salvajes. El grado cero del proceso de vida y muerte del gaucho sería el caballo: sin él, “el hombre estaba condenado a la inexistencia” (SAER, 1991: 73). Esa condena dispara el despojamiento de la *Ida*, y es quizás la que pagan o tapan las palabras de sabiduría que inflan la *Vuelta*.
- 7 La aceleración liberal de la década del 70 provoca nuevos agenciamientos económicos que obturan las condiciones materiales de existencia del gaucho. El programa individualista de hombre libre en la pampa sin alambrar, que solo necesita caballos y vacas, es anacrónico. El trazado del ferrocarril y la modernización del puerto de Buenos

Aires fueron acompañados por transformaciones técnicas que, bajo intereses porteños y europeos (en especial ingleses), dinamizaron la estancia ganadera y redujeron la utilidad del gaucho. Desde la década de 1840, afirma Chiaramonte, la producción lanera aceleró avances técnicos “con características más modernas que las de los dedicados exclusivamente a la cría del vacuno para saladero”, favorecidos por un tipo de inmigración más parecida (que los italianos burlados por Fierro) a la proyectada por Alberdi o Sarmiento (irlandeses sobre todo, y escoceses, ingleses, franceses). Con las graserías instaladas desde 1842, las rápidas fortunas magnetizaron a Buenos Aires, como riqueza ficticia que impulsaba la analogía con el oro estadounidense: “Se produjo entonces un movimiento hacia la cría del ovino que se comparó con la fiebre del oro californiana” (CHIARAMONTE, 1971: p.32-34). Criollo de a caballo (y fóbico de extranjeros), Fierro podía ser resero, pero no criador de ovejas. Su patrimonio era la tropilla y la hacienda; de ambas fue desposeído al ser reclutado por la ley de levas y enviado a la frontera interna, donde también perdió el caballo.

- 8 La queja económica enreda el lenguaje con la materialidad de la solución liberal, inevitable, arrolladora como el ferrocarril sobre reseros, carretas, bueyes y caballos. “En las dos décadas posteriores a 1860 el ferrocarril desplaza a la carreta” en el envío de lanas y cueros al puerto; ya en 1870, con la cría masiva de oveja, “el transporte por rieles monopoliza todas las cargas” (RODRÍGUEZ MOLAS, 1994: p.270). En la culminación de la gauchesca, el ímpetu predatorio del progreso liberal envuelve el lenguaje, como Schwartzman detecta en un poema de Isidoro de María (h.) de 1876: “Y derecho á su destino / Se lleva, cuando relincha, / Como quien dice, á la sincha, / Los frutos del campesino”. El ferrocarril arrasa la producción rural: “La puesta en valor de los campos exhibe la lógica del capital” (SCHVARTZMAN, 2013: p.273-4). Cortando flujos de vida gaucha, el tren irrumpe como responso del género; su empuje imprime tensiones en los paratextos de la *Ida*. En la carta a los editores de la octava edición en 1874, Hernández explicita su conciencia de la globalización capitalista: los “ferro-carriles”, el vapor y el telégrafo “han convertido al mundo en un vasto taller de producción y de consumo” (2001: p.88). La necesidad de adaptar la pampa a ese mundo tironeaba a Hernández en el folleto de 1872, que incrusta en sus páginas el artículo periodístico “Camino trasandino”, analizado por Schwartzman (2013: p.506-511), que recupera los abordajes de Prieto (1977) y Ludmer (1988). La filosofía del progreso material rodeaba el poema, contradiciendo la defensa del gaucho allí enunciada. Y en el poema no es Fierro sino Cruz quien registra el impacto del capital en la vida de los gauchos, con xenofobia por la competencia laboral: “Todos se güelven proyotos / De colonias y carriles- / Y tirar la plata a miles / En los gringos enganchaos” (XII, 2113-2116; indico número de canto y de versos, a partir de edición Archivos). La micro percepción económica de Fierro en la *Ida* no reconoce ese nivel del impacto modernizador.
- 9 La expoliación no es solo un tema, sino que conforma la lengua de Fierro en la *Ida*, su subjetividad en la voz mermada, que traslada el menoscabo de las cosas a las palabras. Lo que pierde cuando lo echan a la frontera cabe en un octosílabo, *hijos, hacienda y mujer*; la brutalidad sufrida en los *cantones* rima con el despojo minucioso que alcanza *las prenditas, los botones*. Las palabras cargan de sentimiento las cosas; al nombrarlas, el cantor estampa su quebranto. Como vio Borges, el texto realiza una “doble invención”: “la de los episodios y la de los sentimientos del héroe, retrospectivos estos últimos o inmediatos” (1964: p.37). Contra Lugones —que agotó el “juego de fingir coincidencias” con la épica— Borges destacó la subjetividad en el lenguaje, la “narración del paisano, el hombre que se muestra al contar”, sin advertir el menoscabo, priorizando el valor

estético de “la índole novelística del *Martín Fierro*”, por “la clase de placer que nos da” (p.37-38). “Fierro es su decir”, sintetiza Schwartzman (2013: p.492): “la parte más comprometida de la autobiografía de Fierro está constituida, más que por sus peripecias, por la lengua con que las narra”. Sumido en el recitativo monológico que se atiene a las cosas del deterioro, Fierro no registra el nivel macro del impacto modernizador. Gaucho en extinción, queda al margen del ferrocarril, del boom de la lana, de las colonias agrícolas. En la *Ida* su voz suena reconcentrada en la pérdida y lo poco: tiritas de cuero que sabe manejar (pero no tiene hacienda donde aplicarlas); trueques con el *pulpero habilidoso* del fortín; sustracción legal del caballo ganador. La percepción económica envuelta en su voz permite focalizar el crujido entre la añoranza de la *Ida* y el cálculo de la *Vuelta*, donde un pingo es adquirido y otro se roba en justa venganza al indio, aprovechando su aptitud de crianza para regresar directo al orden. Confundiendo la honra con la ventaja comercial, oscilantes entre necesidad y libertad, los caballos expoliados, adquiridos o robados condensan tensiones constitutivas de la implantación del Estado liberal en la Argentina.

- 10 Si la cadena de usos de las leyes se entrelaza con las guerras (de la revolución y la independencia) para articular y dar sentido al género gauchesco, según plantea Ludmer (1988: p.17), *Martín Fierro* cortaría el enlace de las leyes con las guerras, que hacia 1870 ya no son patrióticas, sino de exterminio de indios o paraguayos. Al comienzo de su “tratado sobre la patria”, Ludmer remarca el uso del gaucho no solo por el ejército sino por los hacendados, según la diferencia del ordenamiento jurídico en la campaña, donde rige “la ley de vagos y su corolario, la de levas”, cuya conversión del gaucho en delincuente “responde a la necesidad de uso: de mano de obra para los hacendados y de soldados para el ejército” (p.16). Con foco en el capital que bulle distinto en *Ida* y *Vuelta*, puede decirse que en la década del 70 merma el peso de la cadena bélica, y la cadena jurídica ordena sus aplicaciones diferenciales por la gravitación del progreso liberal: como sufre Fierro en la frontera, su cuerpo (incluido el caballo) no rendirá para la guerra, sino para las chacras del coronel. Y en la *Vuelta*, que pretende epicidad en la pelea individual con el indio por salvar a la cautiva (aunque la guerra esté ganada), el viejo gaucho y sus hijos deberán legalizarse; como afirma Ludmer, el poema de 1879 concluye la cadena con la “utilización del género para integrar a los gauchos a la ley ‘civilizada’ (liberal y estatal)” (p.18). Promovida por leyes que usufructúan cuerpos (humanos y animales indistintos) para la continuación de la guerra por la explotación, la inequidad económica moviliza los caballos de Fierro entre la fuga y la adaptación.

Paraíso perdido, desposesión y fuga (con robo)

- 11 La economía está en la base filológica de la crisis vital de Fierro; el artificio de su voz expande el dolor en el inventario de pasivos, registrados en el campo semántico laboral-ecuestre. El canto II añora el paraíso del gaucho trabajador, puestero en la estancia ganadera que lucía su destreza caballar en la doma, jineteada, pialada, yerras festivas, brindando estampas recurrentes en representaciones visuales y apéndices editoriales del *Martín Fierro*. Brillan los objetos rurales en su empleo productivo: “Este se ata las espuelas”, “uno busca un pellón blando” (como almohadón para el recado), “este un lazo, otro un rebenque” (157, 159-160). Los cuerpos de hombre y caballo se acoplan por detalles materiales, cosas nimias que distorsionan la abstracción mitologizante del centauro caballeresco, exaltado por Lugones. Agachado con minucia

de artesano sobre tientos y aperos, con facón en vez de sable, Fierro no da una imagen erguida que sirva para monumento ecuestre —eso podría ser, para el nacionalismo genocida, cuando mata al indio y rescata a la cautiva en la *Vuelta*, aunque como héroe es grotesco, un bufón (diría Leónidas Lamborghini) que aprovecha que el indio se refala en el cuerpo destripado del niño—. Los objetos que aúnan gaucho y caballo son, como este, herramientas de trabajo, auxiliares utilitarios compuestos básicamente por tiras de cuero, como el equipaje para ir al cantón: “No me faltaba una guasca, / Esa ocasión eché el resto: / Bozal, maniador, cabresto, / Lazo, bolas y manea...” (III, 373-376).

- 12 La concisión autónoma del octosílabo hace sensible el despojamiento de las cosas al ser convertidas en mercancías. El menoscabo económico replica un efecto del lenguaje, que “produce un despojamiento similar cuando designa la cosa”, observa Esposito remitiendo a “la moderna reducción de la cosa a objeto” (2016: p.13-14). El proceso sería similar al pasar “de la esfera lingüística al terreno de la economía”: “La reducción de la cosa a una mercancía, a un producto de consumo y luego a un material de desecho” (p.14). Los bienes del gaucho se reducen a cosas por la presión contigua de palabras y mercancías. Puestas en graffas de la voz del gaucho, las cosas pierden presencia real. Como las palabras al distanciarse de las cosas y “aislarse en su propio universo auto-referencial”, desde que el *Quijote* quebró la similitud entre el ser y sus signos (ESPOSITO, 2016: p.74-75), los bienes del gaucho cantor irrumpen en su canto con la distancia insalvable que, a las limitaciones y expansiones modernas del lenguaje, agrega el quebranto de la expoliación y la desvalorización de las cosas, alineadas en el ahorro de ocho sílabas.
- 13 Con muchos más octosílabos, que mantienen su autonomía pero no la concisión expresiva de la *Ida* (ni la queja, anulada por la repetición de lo sabido, en boca de Picardía), la *Vuelta* replicará el inventario de objetos ecuestres, distorsionados en el patrimonio inservible del viejo Vizcacha. Su ahorro no es mérito sino instinto, “virtud animal”, como señala Leumann (1945: p.121) sobre su “economía inmoral”. Lo que deja al morir cubre el canto 17 con el caos de artefactos acumulados por el vago, mañero para obtener ganancia por trueque y robo. Aunque no trabaje ni lo persiga la ley, Vizcacha no es tampoco el gaucho libre del precapitalismo (el que dejó de ser Fierro en el canto II): sobrevive y muere encerrado en su acumulación improductiva. Detectando en los objetos la representación de “la dimensión del drama”, Amante observa en los bienes de Vizcacha la desafección del uso provocada por el sujeto, que incide en la forma textual: “El texto se convierte de ese modo en un relicario de cosas inservibles, herramientas para el trabajo de campo que la codicia miserable del viejo había desafectado de su uso” (2023: p.49). El tendal de treinta versos (2601-2630) de objetos registrados por el alcalde sería un aleph miserable del universo gaucho, con “mil chucherías”, “Temeridá de trebejos / Que para nada servían”. “En tan tremendo entrevero”, sin el ahorro estrófico de la *Ida*, la *Vuelta* inflaciona el glosario caballar con *lazos, coyundas, cinchones, torzales, estribos, espuelas, recaos, cencerros, alesnas, lonjas, cuchillos, jergas viejas*, entre otros, para excederse en *tarros de sardinas, cueros de venao* y hasta artefactos de tecnología letrada y uso burocrático, extraños al gaucho: *un tintero que se perdió en el Juzgao*. A los desechos que la ley le obliga a aceptar en herencia del tutor, el Hijo Segundo opone la queja por la expoliación de su hacienda, en la sextina que cierra el canto 17; la parquedad del pareado final desarma la pesadez del recuento del alcalde: “Bendito Dios! Pensé yo, / Ando como un pordiosero, / Y me nuembran heredero / De toditas estas guascas- / Quisiera saber primero / Lo que se han hecho mis

vacas!" (2661-2666). *Guascas* (ramales de cuero o sogá) en vez de *vacas* (mercancía pampeana) sería una herencia digna de Fierro: el hijo sufre igual balance que su padre cuando fue reclutado y *echó el resto*. Un asomo de protesta en la melopea conciliadora de la *Vuelta*.

- 14 Con menos versos, la *Ida* sustenta su decir en el menoscabo. En el canto II, la presión económica anula la visión idílica del paisano que (a falta de tierra) capitalizaba su tropilla: "El gaucho más infeliz / Tenía tropilla de un pelo, / No le faltaba un consuelo / Y andaba la gente lista... / Tendiendo al campo la vista, / Sólo vía hacienda y cielo" (211-6). El patrimonio del gaucho se conjuga en pretérito. La grafía dineraria (*un consuelo*: capital suntuario, plata para vicios) rima con la propiedad del gaucho más pobre: la *tropilla de un pelo*, manada de yeguarizos del mismo pelaje que era apreciada en la selección, daba prestigio a los estancieros y ventaja en los negocios. "Más honroso que poseer tierras era poseer caballadas de un pelo" (MARTÍNEZ ESTRADA, 2005: p.455): la honra, virtud moral, depende de la posesión material. Al prestigio se suma la adaptación a la velocidad contemporánea: la tropilla era un sistema eficaz para viajar rápidamente largas distancias, que según Sáenz hacia 1930 se sigue utilizando, constituida por "un grupo de seis a treinta caballos, siempre castrados, con su correspondiente *yegua madrina*, a la que se le cuelga un cencerro"; "convenientemente enseñada", esta yegua responde en sus movimientos "al simple silbido o grito de su dueño" (1997: p.31; itálicas en original). Fierro no podrá llamar a la madrina porque nunca más tendrá tropilla; pero en la *Vuelta* lo veremos silbar cariñosamente al pingo que posee. En la *Ida* la ventriloquia letrada se ajusta a la cosmovisión del personaje, cuya única propiedad (además de hijos y mujer) fue un puñado de caballos y esa hacienda, que armoniza con el cielo como paraíso perdido; su patrimonio volátil no incluye la tierra de la estancia donde trabajaba, por muy bueno que fuera "el patrón" añorado en el segundo canto. La imaginación económica de Fierro ancla con rigor en las condiciones materiales del presente, conjugado en pasado por la gramática del progreso, con la añoranza de un gaucho que se va.
- 15 Implícita en la penuria precapitalista de las cosas enumeradas, perdida la honra con la tropilla, la violencia económica queda desatendida bajo la referencialidad nativista que canonizó el poema. Mejor que índices de costumbrismo, el maniador, la manea o la probable cosa poseída por un gaucho, cuyo nombre redondeara el verso y la estrofa, son además instrumentos de trabajo, que concretizan valores fiduciarios (o se desprenden del circuito productivo, en el acopio de Vizcacha). Cosas valiosas para Fierro, que sabe y debe usarlas, no tienen valor de cambio. El patrimonio parco del gaucho no cuenta en la esfera comercial; allí solo valdrá el poema compuesto con su voz, capitalizado como bien cultural en la modulación letrada de esa esfera, donde circula como libro desde el Centenario. Como los textos en la valoración crítica y los libros en el consumo comercial (y como los caballos de Fierro que veremos) la mercancía no es un tipo de cosa, sino una fase en la vida de algunas cosas (Appadurai, 1991). Desde 1910, el *Martín Fierro* ha tenido fases mercantiles, y abarcado diversos segmentos de consumo cultural, multiplicando el espaldarazo comercial y visual que Hernández dio a su edición de la *Vuelta*. El orgullo autoral por la factura impresa del folleto (en vez de la pose humilde en los prólogos de *El gaucho Martín Fierro* en 1872 y 1874) consueña con la exaltación del libro y su perdurabilidad en el texto, en boca del narrador que administra el cierre del poema. Con la reducción criollista de la cultura material que empapa la lengua de la *Ida*, y con la exaltación letrada de la *Vuelta* plagada de consejos y saberes (que, como

veremos, fundamentan la condena humanista del indio), la conversión del *Martín Fierro* en libro nacional diluye la violencia de la transformación económica.

- 16 Si en la *Vuelta* los indios serán “bárbaros salvajes” que, como celebra Fierro, “No podrán hacer más daño” (672), en la *Ida*, sin ser admitidos en la humanidad, resultan convenientes como opción de vida para el matrero. La parte del fortín en la *Ida* sostiene la extrañeza en el (des)encuentro con el indio, materializada en el miedo de Fierro al malón y la obligación de enfrentarlo como enemigo (por el agenciamiento estatal, extemporáneo al gaucho); pero no convierte ese drama en condena del indio. El énfasis subjetivo en la visión del malón no emite ninguna afirmación política sobre la “cuestión del indio”, sino que recupera la fragilidad del recluta (lejos del culto del coraje, que alienta en los duelos de los cantos VII y VIII). Al final del tercer canto, Fierro debe matar al hijo del cacique y sacarle su caballo no por héroe, sino para salvarse: “Allí quedó de mojón / y en su caballo salté; / de la indiada disparé, / pues si me alcanza me mata” (613-616). La fobia en la *Ida* no son los indios, sino el Estado; desde su percepción subalterna, Fierro señala falencias militares concretas, que remata con la baja estofa caballara: “Ah! si partía el corazón / Ver tantos males, canejo! / Los perseguimos de lejos / Sin poder ni galopiar; / Y qué habíamos de alcanzar / En unos bichocos viejos!” (III, 517-522). En galopeado ritmo de sinéresis, por boca del gaucho que sobrentiende, Hernández señala la deficiencia de la caballería de frontera del gobierno de Sarmiento. En la siguiente sextina, caballo y hacienda modulan la percepción material del progreso; después del enfrentamiento, los caballos se dispersan en la huida (como semillas al sembrar), la tropa obtiene el consuelo de recoger ganado, pero otra vez el beneficio es ajeno: “Nos volvíamos al cantón / A las dos o tres jornadas, / Sembrando las caballadas; / Y pa que alguno la venda, / Rejuntábamos la hacienda / que habían dejao rezagada” (523-528). La economía rige su canto aunque (o porque) el gaucho es marginado de todo crédito; el beneficio de la hacienda rejuntada queda para el intermediario, *alguno que la venda* en el anonimato mercantil. El rédito de obtener caballos indios será reforzado con otra economía en la *Vuelta*.
- 17 Peculio máspreciado del gaucho, que tensa el afecto con el saber y la necesidad, el caballo sería un concentrado semiótico de economía personal y política. Al enunciar su posesión (pasada), cuando dice que fue con él al cantón, Fierro lo nombra con una perífrasis que expresa calidad como cantidad: “Yo llevé un moro de número”. Una grafía económica de la confianza en las apuestas (*fiarle un pucho*) rima con *matucho*, cuyo sentido de caballo inservible atenúa la expresión de afectividad, anota Lois (2001: p.223) en sintonía con Martínez Estrada: “¡Sobresaliente el matucho! / Con él gané en Ayacucho / más plata que agua bendita; / siempre el gaucho necesita / un pingo pa fiarle un pucho” (I, III, 361-6). Si bien la toponimia funciona como forma (sonora) más que como referente (procurando rima con el protagonista de la sextina, el matucho), Martínez Estrada no perdió ocasión de leer allí el “despojo elemental”, la kafkiana “atmósfera de colonia penitenciaria” donde todos quitan y nadie da: “Y cuando Martín Fierro menciona el pueblo en que con su moro ganó mucha plata, Ayacucho, se refiere a una aldehuela recién fundada por decreto” (2005: 684). Siguiendo su referencialismo culturalista, en velada contestación a Lugones, Martínez Estrada observa en el *fiarle un pucho* un “sistema de crédito” que aleja el poema de los cantares de gesta, correspondientes a “otra Edad histórica, de los palacios y hasta del capitalismo financiero” (p.688). El capitalismo que impacta en la *Ida* no es el progreso por “colonias y carriles” (que al pasar registra Cruz) ni el mercado de consumo (ineludible en la *Vuelta*), sino el despojo de su vida entera (*hijos, hacienda y mujer*) que solo le deja *guascas*

y el resentimiento que lleva a desgraciarse. El liberalismo adaptado a las pampas no puede sino liquidar la vida gaucha, donde el dinero no existe, es lo que falta, y esa falta no simplemente se dialoga (desde Hidalgo) sino que, en las grafías de Hernández, cubre la lengua. Ayacucho no es referente de pobreza en la región, sino forma palpable de la pobreza en la lengua, rimando con la concreción dineraria de Fierro (*matucho* y *fiarle un pucho*: apuestas hípicas como única chance de riqueza). La economía infiltra el decir, lo separa de la realidad, agrava la merma de las cosas puestas en mercancías y en palabras.

- 18 El entrañable *matucho* le dura hasta la mitad del canto IV, cuando se lo saca el comandante del fortín con artilugio utilitario: “Y pa mejor hasta el moro / Se me jue de entre las manos; / No soy lerdo... pero, hermano, / Vino el Comendante un día / Diciendo que lo quería / ‘Pa enseñarle a comer grano” (I, IV, 655-660). El pretexto para la expropiación es el rédito económico: habituar al caballo a comer maíz para que sea más resistente, anota Lois (2001: p.226). En una *Memoria descriptiva* de 1854 acerca del “régimen vejatorio” del gobierno de Rosas sobre jornaleros y pequeños hacendados de la Provincia de Buenos Aires, Garavaglia ve la “saca de caballos” como práctica frecuente; las caballadas eran “el talón de Aquiles de los ejércitos de la época”, y la explotación ganadera desde la década de 1840 produjo un descenso del *stock* de yeguarizos y el “aumento relativo de los precios de los caballos en relación con los vacunos”: “los jueces se ven obligados a expropiar caballos”, siendo particularmente afectados “los paisanos más desprotegidos, obligados a demostrar que los caballos de su magra tropilla eran legalmente suyos” (2001: p.683-684). Antes de caer en la cadena de uso militar, Fierro era uno de esos paisanos desprotegidos; pero sufre la saca de caballos con un pretexto ajeno a leyes y guerras: la utilidad no es militar sino económica, individual en la libre competencia. La expoliación, consuetudinaria en la campaña por el aparato militar que la legalizaba desde la época de Rosas, ahora tributa a los propietarios de tierras, organizado el Estado por gobiernos legitimados en el antirrosismo. Ese abuso del Estado y el mercado modula la pérdida del caballo en la voz de Fierro.
- 19 Por más que, altanero irreductible, Fierro destaque su viveza (*no soy lerdo*), el subalterno no puede oponer razones al beneficio de los poderosos; además, Fierro no se ha mostrado muy veloz para evitar la sustracción (ni, antes, la leva: “Yo no quise disparar / Soy manso y no había porqué”, III, 315-316). Aunque no depende de su voluntad, la pérdida del moro sería otra muestra de “la inverosímil pasividad requerida para desempeñar su papel de víctima”, la “inflexible mansedumbre” que ha leído Halperin Donghi, como “un candor también poco verosímil: al cantón lleva su mejor caballo” (1985: p.289). Desde su parámetro realista, Halperin Donghi descubre ese tono de Fierro que pasaba solapado en la queja y la experiencia: cierta ingenuidad para moverse en la sociedad de individuos regida por el interés. No está adaptado al futuro que se hizo presente. Pero más que documentar una realidad, la desolación afectiva del giro usado por Fierro hace palpable la expoliación: *Se me jue de entre las manos*. Esta privación parece más grave que la del hogar y la hacienda, como si con el caballo perdiera parte de su cuerpo. La recupera al costo de ponerse fuera de la ley, cuando deserta del fortín en el medio de locomoción indispensable, aunque sea un mal caballo, desconfiado por haber adquirido malas costumbres, según implica el ruralismo coloquial *sotreta*, como nombra Fierro al caballo que toma para escapar, aprovechando la borrachera del Jefe y el Juez de Paz: “Yo no quise aguardar más, / Y me hice humo en

un sotreta” (VI, 989-990). La expoliación legal se resume en el cambio del *matucho* al *sotreta*.

- 20 Luego de verificar la ruina del hogar, desgraciarse y vivir dos años huyendo, la miseria total de Fierro será duplicada en la voz que toma a cargo los cantos X a XII, la del sargento que decidió salvar a Fierro cuando debía atraparlo. Al recordar el hambre pasada como matrero, Cruz dispone otro lugar para el caballo en la cadena de consumo: “A veces nos obligó / La miseria a comer potro” (XII, 2025-2026). Propone a Fierro una sociedad matrera, buscando en los toldos “Pa los dos un mismo abrigo” (2070). Como dice Schwartzman, “Fierro se tienta” porque “Allá no hay que trabajar”; sin cálculo ni estrategia salvo la premura de huir, importan las habilidades campestres, “sólo ganaderas”, detecta Schwartzman, “desvinculadas por completo de la idea de trabajo y retribución” (2003: p.238-239). Cruz parece olvidar la penuria de comer potro y promete acceso a buena comida, refugio y caballo, indispensable al movimiento matrero: “Nunca nos ha de faltar / Ni un güen pingo para juir, / Ni un pajal ande dormir, / Ni un matambre que ensartar” (2073-2076). Primordial, el caballo veloz.
- 21 Los movimientos de Fierro en la *Ida*, como eslabones en la cadena de males que sufre, están pautados por caballo y tropilla, hasta la fuga final. En el paraíso perdido del trabajo ecuestre como *junción* (II, 224), la tropilla era el tesoro del gaucho; cuando se va a los indios para *vivir como un señor* (sin trabajar), es la propiedad ajena que roba. Sellado el contrato matrero, rota la guitarra por Fierro, un narrador brinda la imagen de los socios que *se refalan a los indios*, dando razón argumental al título extra-autoral de *Ida*, asignado por la *Vuelta*. De las tres estrofas (2287-2304) que concretan el desplazamiento decisivo, la primera indica el robo experto de una caballada, adecuado capital para el exilio: “Cruz y Fierro de una estancia / Una tropilla se arriaron- / Por delante se la echaron / Como criollos entendidos, / Y pronto, sin ser sentidos / Por la frontera cruzaron” (XIII, 2287-2292). Si con el sotreta compensaba la expoliación del moro en el fortín, en la resolución ácrata (que enmendará la *Vuelta*) Fierro se cobra por mano propia el despojo que desencadenó su desgracia, el del patrimonio que antes tenía hasta el gaucho más pobre: tropilla.

Adquisición, robo legal (y exterminio)

- 22 Fierro lamenta que el comandante le quite su moro pero, según Martínez Estrada, es poco lo que dice del animal, dentro del elogio convencional. El apartado “Otro protagonista de nuestra historia: el caballo” (en “Parte Tercera. La frontera” de *Muerte y transfiguración*) ironiza sobre el tópico literario del elogio (“tiradas retóricas acerca de las cualidades hípicas y circenses del caballo”) en línea con la cultura española-arábiga, presente en “todos los poemas gauchescos —excepto el *Martín Fierro*—” (2005: p.460). Aunque Lugones quisiera diseñar un gaucho caballeresco cuyas prendas deben más a la coquetería que a la practicidad, Martínez Estrada considera que Hernández, “insensible a los afectos profundos”, “no delata verdadera simpatía por el caballo ni por el perro” (al cual dedica el apartado siguiente, “El amigo olvidado”). Propenso a “recortar y concentrar, ha preferido suprimir por completo al caballo como elemento épico convencional”, y quitar todo matiz de afectividad: “el caballo queda como objeto, como auxiliar que conviene domesticar con clemencia para que le sea más útil” (p.457-460). Insensible pero con “sabia prudencia”, el Hernández de Martínez Estrada eludiría “el

significado del caballo en la psicología del paisano”, reduciendo su apreciación a términos utilitarios: “por su estampa, por su ligereza, por su precio” (p.455-456).

- 23 Si un resto de afecto asomaba en el *matucho* de la *Ida* (entremezclado con el beneficio en las carreras), la *Vuelta* objetivará el caballo en los términos pragmáticos que enfatiza Martínez Estrada: ya no integra la queja de los bienes perdidos sino que se compra, sin aclaraciones, cuando refiere la distribución para fugarse de los toldos con la mujer salvada: “A la afligida cautiva / Mi caballo le ofrecí- / Era un pingo que alquirí”. Pero tras una coma, el terceto final de la sextina pone cariñosamente al caballo en cercanía corporal: “Y donde quiera que estaba / En cuanto yo lo silbaba / Venia a refregarse a mí” (10, 1377-1382). Este contacto sonoro-táctil matiza la insensibilidad atribuida por Martínez Estrada; además, el ordenamiento estrófico en dos partes, por la digresión sobre el caballo (2-4 y no 2-2-2; cf. AMANTE, 2023: p.39-40) desorienta la tripartición que el capítulo “Morfología del poema” de *Muerte y transfiguración* establece para la sextilla hernandiana. Una estrofa ejemplar para Martínez Estrada, ya destacada por Borges y Leumann, culmina con un caballo particular en diminutivo de víctima: “Había un gringuito cautivo / Que siempre hablaba del barco- / Y lo ahugaron en un charco / Por causante de la peste- / Tenía los ojos celestes / Como potrillito zarco” (853-858). Luego del ensañamiento contra los indios en los cantos 4 y 5, el registro en ocho estrofas de la ignorancia bárbara frente a la epidemia de “virgüela negra”, que abre el canto 6, se corta con ese infanticidio. La estrofa tiene “el poder subyugante” del “acoplamiento entre expresión y contenido”, como aprecia Amante (2023: p.37-38): la muerte del niño se despliega hacia “el punto en donde se instala lo terrible como forma”. La potencia se sustenta en el ahorro poético y emotivo, más sólido en la *Ida*, que asoma por momentos en la *Vuelta* pese al derroche vistoso; pero la eficacia formal no legitima una denuncia contra la violencia de Estado, como en el 72, sino que justifica la solución que el gobierno implementó en el 79 contra los habitantes originarios.
- 24 A diferencia de la sextina del potrillito —ejemplar de la autonomía estrófica, que Martínez Estrada (2005: p.110) compara con la completitud y fijación de un fotograma— la del pingo que Fierro cede a la cautiva en el canto 10 sería un fotograma rasgado: la palabra *alquirí* la corta al medio, y luego se rehace compensando la adquisición con el afecto. Tras la efímera pasión corporal entre gaucho y caballo, la estrofa siguiente recupera la pragmática hípica del gaucho engreído: “Yo me le senté al del pampa; / Era un oscuro tapao- / Cuando me hallo bien montao / De mis casillas me salgo- / Y era un pingo como galgo / que sabia correr boliao” (1383-1388). En la *Vuelta* Fierro roba solo a los indios, mejor que alzarse una tropilla de una estancia, sobre todo ahora que hay más alambrados. Adaptado al cinismo de la vida moderna, su admiración y usufructo del caballo pampa no impide que celebre el exterminio, poéticamente justificado con el gringuito cautivo.
- 25 Pequeña enciclopedia del malón, el primer tercio de la *Vuelta* explota la inhumanidad india, que apaña la Conquista. En el canto previo al del gringuito cautivo, Fierro informa cual cronista que “Concluyó ese vandalaje”, “Las tribus están deshechas”, “Ya muy pocos quedan vivos” (5, 670, 673, 678). La estrofa anterior señala la inadecuación inherente del indio a la explotación lucrativa: “Aunque andan medio desnudos / Ni su conveniencia entienden, / Por una vaca que venden / Quinientas matan al ñudo” (663-666). El final proverbial del canto 4 lo responsabiliza por no haber evolucionado, con sapiencia bíblica laboral: “Su pobreza causa horror- / No sabe aquel indio bruto / Que la tierra no da fruto / Si no la riega el sudor” (603-606). El gaucho deformado en

tribuno del PAN niega la posibilidad de integrar al indio en el progreso porque, a diferencia de Fierro (mal borradas las culpas de la *Ida*), “Es tenaz en su barbarie, / No esperen verlo cambiar, / El deseo de mejorar / En su rudeza no cabe-” (565-568).

- 26 En la “extensa descripción de la cotidianeidad vivida en los toldos”, Viñas (2013: p.154) encuentra “un grave malestar” de la *Vuelta*: “su desproporción en la equilibrada economía del poema” señalaría el error de la exaltación final de la *Ida* y su correctivo con “la condena moral” en 1879. Interesante la ubicación del malestar en el desequilibrio del texto, aunque la compleja relación entre *Ida* y *Vuelta* excede la “trayectoria del escritor polémico” que Viñas adjudica a Hernández, con la metáfora ecuestre de “rasgos supuestamente tradicionales”: “Montar al caballo por la izquierda para bajarse por la derecha” (p.156). Lo cierto es que la *Vuelta* plasma un despilfarro que altera la economía textual, que tenía logrado ajuste en la *Ida*. Para condenar al indio cada verso es terminante, pero contradictoriamente, el relato de sus costumbres parece interminable; luego de los cantos 2 y 3 (peripecia angustiosa de Cruz y Fierro en las tolderías), se refieren las barbaridades del malón (cantos 4 y 5) y la insalubridad culpable de la viruela que aniquila a Cruz e indirectamente al gringuito (6), se escenifica a la cautiva golpeada por otro indio infanticida y se monta su relato estremecedor (7 y 8), que prepara la anhelada venganza de la pelea con el indio (9). Toda esa escritura necesitó la *Vuelta* para que, en el canto 10 (luego de elogiar el adiestramiento pampa) Fierro vuelva a la civilización, sin culpas ni indios (pero montado en el pingo que les quitó).
- 27 En su desproporción, la *Vuelta* explicita la plusvalía en la explotación de los indios y el beneficio de eliminarlos. En los cálculos de Fierro, obtener un pingo criado a la manera india es mejorar el acervo, y robar a los indios no es delito (ni matarlos es crimen). Los valores bíblicos que sostiene el gaucho en la *Vuelta* sirven para condenar a quienes no entran en la categoría de “cristianos”. Pero la estigmatización de “indio ladrón” en el canto 4 (“Ha nacido indio ladrón / Y como indio ladrón muere”, 587-588) se contradice con la equidad sin codicia que debe reconocerle incluso en sus malones: “Se reparten el botín / Con igualdá, sin malicia; / No muestra el indio codicia, / Ninguna falta comete- / Sólo en esto se somete / A una regla de justicia” (5, 637-642). Si los indios roban a los cristianos y son justos entre ellos, la falta es idéntica a la de Fierro, aunque la *Vuelta* lo exculpe: no roba sino a los otros, que en 1879 ya no son estancieros ni militares, sino indios. Como al reconocer, en medio de la repulsa, que el indio no tiene codicia, el vituperio programático de la *Vuelta* deja ver excepciones a la animalidad, incluso rasgos virtuosos. La generalidad de “los indios sanguinarios”, al comienzo del canto 6, rima con la valía del indio que “nos salvó al llegar / Era el más hospitalario” (779-780). Cuando destaca su generosidad, la tensión ideológica eclosiona en el rodeo por la rima equina, como si debiera matizar virtudes: “Y sus méritos no callo,- / Nos regaló unos caballos” (784-785).
- 28 Las enmiendas en la composición de estrofas relativas a los indios evidencian otras fisuras en su condena. En los cuadernos manuscritos de la *Vuelta*, una estrofa tachada e inédita destacaba la excelencia de la vista y la capacidad de vigilancia del indio. La última palabra de la estrofa suprimida nombraba la tarea de cuidado, contradictoriamente asignada a aquellos de los que había que cuidarse: “Mas nadie iguala al salvaje / A ver lejos y a cuidar”. En lo tachado asoma la utilidad que podía tener el indio en la vida civilizada, incluso para ansiedades liberales sobre seguridad y propiedad. “Pero el indio es dormilón”, inicia cortante la estrofa que prefirió

Hernández; como nota Leumann (1945: p.61-62), “los versos inéditos convenían mejor al hecho que comentan” (Cruz y Fierro vigilados al llegar a los toldos, en el canto 2). El consenso argentino con el genocidio de 1879 acompaña la celebración de Leumann sobre las “imágenes realistas” de las tolderías, al encontrar en el tópico del “indio dormilón” la extraordinaria “versación que tenía Hernández acerca de los pampas”; el lector del manuscrito no advierte valoración ideológica en las enmiendas, se limita a replicar una “verdad” sobre el asunto. Además, los versos éditos en el segundo canto son desmentidos (si de la verdad se trata) por los que, en el canto 4, reconocen la capacidad de cuidado intensivo: “El indio que tiene un pingo / Que se llega a distinguir”, no come ni duerme para atenderlo (499-507). Los indios anteponen el cuidado celoso del caballo a la atención debida al cuerpo propio; montan “medio desnudos” (que rima la animalización con *peludos* y *cerdudos*) sin recarga de apero (“En los caballos en pelo”) para conseguir la rapidez ofensiva del malón (485-486). “El mejor flete procuran” porque es “su arma segura”, más eficaz que la lanza y las bolas, imprescindibles pero no pesadas: “De ese modo anda liviano, / No fatiga el mancarrón” (487-494). El esmero estratégico en el cuidado del vehículo sería la excepción civilizada de la incuria: “Solo en eso no hay desidia” (507), concede Fierro cual cronista de frontera.

- 29 En el adiestramiento equino aparece flagrante la incoherencia en la condena del indio: aunque salvaje irreductible, dormilón o vigilante, es el mejor criador y jinete. El *escuro tapao* que facilitó la vuelta inspira, en medio del canto 10, once estrofas de elogio de la domesticación india, quebrando el tono condenatorio que agobiaba desde el canto 2. El inicio del encomio es tenso, titubea sobre el sujeto gramatical: la sextina siguiente a la de “Yo me le senté al del pampa” continúa en dos versos la habilidad para correr sin tropiezo, pone guion al final del segundo verso y omite a los indios con un sujeto tácito fallido: “Para correr en el campo / No hallaba ningún tropiezo- / Los ejercitan en eso- / Y los ponen como luz, / De dentrarle a un avestruz / y boliar bajo el pescuezo” (10, 1389-1394). En su orden 2-4, la sextina se va deshilachando en pormenores de destreza en la caza, al contrario de la del gringuito ahogado, que convoca lo animal por el efecto dramático de los ojos de la víctima. Entre singular y plural de tercera persona genérica, la siguiente estrofa matiza con tono enciclopédico la admiración evidente de Fierro y Hernández por esta sabiduría: “El pampa educa al caballo / como para un entrevero”, con el rédito de la velocidad exigida en los malones y en la vida moderna: “Como rayo es de ligero / En cuanto el indio lo toca” (1395-1398). Ya lanzado al encomio, siguen diez estrofas ponderativas, cuya verbosidad se sofrena con el silencio escrito en seis líneas de puntos (cf. AMANTE, 2023: p.46-47).
- 30 En cuanto a caballos, la maestría india invierte los valores de la pedagogía civilizatoria, que basa su eficacia en el correctivo físico y la premura (también para educar ciudadanos): “Jamás le sacude un golpe / Porque lo trata al bagual / Con pacencia sin igual, / Al domarlo no le pega, / Hasta que al fin se le entrega / Ya dócil el animal” (10, 1419-1424). El reconocimiento del saber y habilidad de los inhumanos acaba (como todos los materiales de la *Vuelta*) subsumido a la enseñanza útil del experimentado cantor, que se mueve en un sistema regido por competencia individualista: “Aventaja a los demás / El que estas cosas entienda” (1455-1456). Trastrucando la ventriloquia del desposeído con la paz y administración del progreso, el poema apaña el exterminio de los indios, incluso reconociendo sus virtudes; como el robo del pingo del pampa, el elogio implica que basta aprovecharlos en beneficio propio. El rédito de la crianza india sería la velocidad, valor supremo en la sociedad de mercado, como el canto 30 le hará

decir al Moreno, regodeándose en su aceptación de la derrota en la payada: “Es buena ley que el más lerdo / Debe perder la carrera- / Así le pasa a cualquiera / Cuando en competencia se halla” (4391-4394).

- 31 A diferencia de morenos y gringos (*otros fóbicos* de Fierro), el indio no fue admitido en competencia. Abstracción acoplada al caballo en el malón, ocupó históricamente los extremos de agenciamientos europeos y criollos, pasando del terror mutuo a la domesticación empática (apremiada por la necesidad de saber usar el vehículo del invasor). Cunnighame Graham encuentra en textos de Cortés y otros conquistadores “el terror que los indios sentían por los animales”, “el espanto que las terribles bestias les infundían”, aprovechado bélicamente por los españoles (p.40); la contraparte de ese terror serían los caballos de la conquista de Perú, “aterrorizados por los indios” (p.86). El traductor argentino Sáenz inserta allí una nota al pie que aporta excusas de sensibilidad estética: “Durante nuestra prolongada lucha contra los indios pampas, ocurrió muchas veces que la gritería, y tal vez el peculiar tufo de los salvajes atacantes, empavoreció las caballadas cristianas” (p.86). El canon civilizador omite que la conquista obligó al indio a hacer del caballo “un apéndice de su persona, un atributo corporal”, como dice Saer reduciendo la causa a la preferencia por la carne de yegua: “para poder obtenerla, debían previamente convertirse en jinetes. Nunca adaptación fue más estrecha y minuciosa” (2003a: p.81). Más allá de las proyecciones cristalizadas sobre la inhumanidad (brutalidad sanguinaria, vagancia, suciedad y, hasta Saer, alimentación aberrante) lo cierto es que la destreza del indio generó competencia comercial, externa a la vida que la ley estaba dispuesta a proteger (como veremos sacar de quicio al coronel Mansilla). “La adaptación al caballo por parte de las tribus del interior, las situó en una posición privilegiada para competir por el ganado cimarrón”; además de resistencia bélica, el malón era un *modus vivendi*, necesario en esa “economía tribal o local” donde los cautivos (más que niños inmolados por monstruos) “fueron víctimas propiciatorias de una sociedad en constante negociación por coexistir” (OPERÉ, 2001: p.131). La *Vuelta* interviene en la transacción: anula al indio como competencia en la explotación de riquezas, mientras reditúa la plusvalía de su trabajo ecuestre.
- 32 Si al final de la *Ida* los indios ofrecían libertad, en la *Vuelta* amenazan la propiedad, devenida sinónimo de vida. Aquella *gloria de vivir tan libre* se ha olvidado bajo nuevos valores. La paranoia liberal por la seguridad, forzada como argumento en el debate sobre la “cuestión del indio”, eclosiona bajo la chacota de un militar escritor interesado en la cuestión, Lucio V. Mansilla: “Y como las dos cosas que más se aman son la vida y la propiedad, y como los indios eran esas dos cosas precisamente las que más amenazaban, no había en la aldea quien de ellos no se ocupara” (1963: p.123). Entre digresiones y aforismos en pose de *dandy*, “El famoso fusilamiento del caballo” rememora jocosamente (en beneficio de la reputación del *causeur* en 1888, desde las páginas de *Sud-América*) la intervención disciplinaria en la frontera de Río Cuarto, de la que Mansilla era comandante desde 1868 (donde realiza en 1870 la excursión a los ranqueles y su relato). Por la ilegalidad india, el caballo del título confunde el estatuto de robo con el de conquista y donación (el legítimo dueño lo reclama al boticario, y este aduce que se lo regaló el cacique ranquel, quien lo había obtenido en malón). Velando por la seguridad (del comercio) Mansilla modula su indignación contra “los indios ensobrecidos [...] usando del derecho salvaje de aquella vergonzosa extraterritorialidad” (p.125-6). La sentencia (ejecutar al animal disputado) bordea la ilegalidad, en beneficio de la reparación del orden mercantil, para evitar que los indios

vengan “a insultarnos” trayendo cosas (y personas) “de regalo o para vender y *cambalachear*” (p.137; itálicas en original). A esa firmeza legalista Mansilla le solapa titubeos, sobre el borde de lo humano en relación con la justicia, cuando considera matar al boticario y da espacio al afecto animal: “¿Por qué no lo mato a éste? ¿Por qué la víctima ha de ser el otro, el inocente picao? ¿Qué es la justicia de los hombres?” (p. 141). El ambiguo delito en el comercio fronterizo ubica la extraterritorialidad jurídica en la base de la amenaza india; el gentleman-militar la usa en beneficio propio (amañar su exceso), como Fierro cuando roba el pingo del indio que mató y lo rememora con entusiasmo de jinete. Tanta palabra autoexculpatoria (en ambos textos) quedaría borroneada por el refrán que se le cuela a Mansilla, en contradicción con las ilegalidades civilizadas: “la propiedad es el robo” (p.142).

- 33 De mejor calidad y rendimiento, los caballos indios cotizan alto en la frontera. De ahí la contraparte del altruismo caballeresco de Fierro con la cautiva, si darle su pingo tenía el beneficio de pasarse a uno mejor, ese “oscuro tapao” que agaucha el elogio, “pingo como galgo” que rima la emoción como movimiento: “De mis casillas me salgo” (1383-1388). En la didáctica de la *Vuelta* solo se sale metafóricamente (no como cuando el Negro le cortó la mejilla en el duelo del canto VII); usa el animal para volver y ser bueno. El agauchamiento es puramente lexical, como si Fierro *se hiciera el gaucho*, acaso porque ya no lo es. Lejos del apego del silbido y el frotamiento, que acaba de remitir al caballo para la mujer, suena impostado el elogio del caballo pampa, reducido a auxiliar en la fuga. La vida del caballo entró en fase de mercancía. Entre ambos pingos, Fierro ha pasado del afecto al cálculo.
- 34 La ventaja del caballo indio le permitirá llegar al encuentro con los hijos, no más. Si, como propone Sued (2018) sobre la literatura con gauchos del último tercio del XIX, “un gaucho en movimiento es un gaucho potencialmente fuera de la ley”, el caballo indio pierde su utilidad en cuanto lo devuelve a la ley: es veloz para que Fierro deje de correr. Este *pingo como galgo* sería lo contrario del *pingo para juir* que prometía Cruz en el contrato matrero: huir de los indios es volver, reintegrarse, dejar de huir. Luego de escuchar las vidas cantadas de los hijos, derrotar al Moreno en la payada, desensillar para dar consejos y montar para separarse, en la anomia final queda latiendo el vértigo del mercado; para acceder a su beneficio, el caballo no será suficiente ni acaso necesario. El final no repone los afectos; Fierro y los hijos se dispersan en busca de trabajo, y el cierre formal queda a cargo del narrador didáctico, afuera del relato como su *administrador* (SCHVARTZMAN, 2013: p.491). El libro memorable no liquida cuentas abiertas en la *Ida*, cuyo final rabioso mostraba adónde iba el gaucho. Imponiendo misterio en la separación y cambio de nombres, la administración de la *Vuelta* reduce el destino del gaucho al trabajo y a la poesía.

Un caballo material

- 35 Entreverada en los caballos, la simbolización económica complejiza el artificio gauchesco y descubre la desarmonía entre los dos poemas. En 1879 el gaucho no se resiste a las jerarquías del capital, proyecta incorporarse a sus flujos, como Fierro aconseja a los hijos, “El trabajar es la ley / Porque es preciso alquilar-” y conviene evitar la deshonra de pedir (32, 4649-4654). Ya vimos, en la *tropilla de un pelo* leída por Martínez Estrada, que honrado es el que tiene. En esta constelación de la economía en la lengua, impacta la palabra que faltaba en 1872: *alquilar*, con la que Fierro atributa el

caballo que cede a la cautiva en el canto 10. En su uso intransitivo, con el tono consejero del canto 32, Schwartzman lee la asunción del valor absoluto del dinero: “La secuencia trabajo idealizado-trabajo forzoso-ocio idealizado culmina con el reconocimiento de que las relaciones sociales están mediadas por el dinero [...], y de que la integración sumisa a ese circuito es la única condición de supervivencia” (2003: p.239). Intransitiva, la adquisición equivale a la vida; ausente en la *Ida*, infiltra la sabiduría que imposta el gaucho manso de la *Vuelta*. La disponibilidad a las nuevas condiciones laborales (sin resistirse a la agricultura, cuando en el primer canto Fierro enlista sus saberes y empieza por “Sé dirigir la mansera”, 139) obtura la libertad añorada en 1872, y cierra el género: “No más gloria de vivir libre como pájaro del cielo. Resultado último de la *Vuelta*. Fin de la gauchesca” (SCHVARTZMAN, 2003: p.240).

- 36 Más allá del exabrupto emotivo con el pingo, la *Vuelta* invisibiliza los sentimientos bajo tono experimentado y planes de adaptación; tras el desproporcionado elogio de la crianza india en el canto 10, el caballo queda implícito, borroneado como el gaucho que cambia de identidad. La insensibilidad de la *Vuelta* contrasta con otro sensorio caballar, que asomaba en una novela anterior a la *Ida* y a *Ranqueles* (pero sin lugar en el canon): *Pablo o la vida en las pampas*, escrita en francés por Eduarda Mansilla en 1868 (traducida al año siguiente por su hermano Lucio en *La Tribuna*). La prudencia de apreciar el caballo en términos utilitarios, que Martínez Estrada adjudica a Hernández, se desplaza por la pasión materna, cuyo afecto alcanza al gaucho en su sufrimiento, con más convicción que la *Vuelta*, e incluye al caballo (pero no al indio). Después de la caída de Rosas, Micaela (madre del protagonista, actante que falta en *Martín Fierro*) sabe por una vecina que el gobierno provee pensiones a las víctimas de la tiranía; ella ha perdido a su marido en el ejército de Lavalle y a sus otros hijos en el Sitio de Montevideo, y su sostén Pablo es reclutado en el primer capítulo, pese a tener “la papeleta” (variación del comienzo de la cadena de males de la *Ida*). En el capítulo V, antes de conocer la desaparición del hijo (cuando los bueyes de su carreta vuelven solos a la querencia), la viuda piensa en el futuro económico del joven. En la hacienda familiar debilitada por falta de hombre, el caballo retiene el valor afectivo, no reñido con la necesidad: “-Pobre hijo mío -pensaba Micaela-, podrá tener un caballo propio, podrá reemplazar su alazán que tanto quería... y que se ha muerto de viejo. ¡Yo manejaré los bueyes ahora!... él será feliz... tendrá su caballo para andar libremente por donde quiera” (MANSILLA, 2007: p. 156). La mujer sostiene para su hijo la utopía del “gaucho libre”, en pleno aceleramiento liberal en las pampas, que anula esa anarquía ociosa con leyes de papeletas y alambrados de seguridad privada.
- 37 El afecto desplegado en los caballos de *Pablo* descubre el pudor masculino en la sociabilidad gaucha, en gestos y decires que arman atmósferas inhallables en *Facundo*, *Ranqueles* o *Martín Fierro*. En el capítulo IX, “La pulpería”, uno de los gauchos disimula su empatía bajo broma, censurada por sus compañeros, al comentar la tormenta: “-A mí me parte el alma -añadió Mariano-, ver a mi pobre caballo así. ¿Si los hiciéramos entrar aquí? -dijo risueñamente-. A fe mía... Y ¿por qué no? -¿Estás loco, animal?” (p.198). Cuando presenta la “fisonomía acentuada” de Anacleto, el Gaucho Malo (que cuidará a Pablo herido y le dará instrucción gaucha), la narradora indica que su paso furtivo no es como el de “los otros gauchos, siempre torpes y fuera de su elemento, una vez separados de su caballo”; muestra sensibilidad socio-económica por la situación que obliga al Gaucho Malo a saber andar: “pues el paria de las pampas no siempre tiene la fortuna de poseer un caballo. Vive siempre oculto y frecuentemente la bestia debe ser

sacrificada a la seguridad del amo” (p.200). La desposesión de la *Ida* invierte ese orden en la vinculación gaucho-caballo: Fierro se hace matrero después de haber sacrificado su moro a la seguridad del comandante. Y en la *Vuelta* no tiene de qué quejarse: a la fortuna de poseer un pingo adquirido, le suma el envidiable corcel indio. Más pragmático que la madre de Pablo, no lo usará para andar por donde quiera, sino para volver y quietarse. La adaptación estrecha al animal (que Saer destacaba en el indio) se ha resquebrajado para el gaucho, que debe reemplazar la fortuna del caballo por la seguridad del trabajo.

- 38 En un ensayo de 1973, Saer recurre al caballo para pautar su poética de la percepción de lo real, como invención en vez de copia. El caballo temático, que detecta en la crítica de la obra de Claude Simon, “se convierte en un universal: hay caballo porque hay detrás, anticipadamente, un sentido, un signo, que el caballo viene, de un modo invariable, a representar” (1997: p.175). Sin embargo, dice Saer en un gesto desacostumbrado en la tradición argentina (colocar a Hernández en una serie universal extemporánea), el caballo de Simon no equivale al de Faulkner ni al de Hernández: “Cada uno parte de un caballo neutro que, atrapado en la tela elocuente de la nueva estructura narrativa, comenzará a significar, para cada vez sola pero para siempre, de un modo diferente en cada caso” (p.176). Contra el caballo previo de la nostalgia “ligeramente platónica”, podemos con Saer preferir el caballo material, no reñido con el afecto de los gauchos de Eduarda Mansilla, tensado con la pose de Lucio al recordar su dudoso arbitraje, implícito en los contextos del *Martín Fierro* con la distancia del 72 al 79: “imaginar un caballo material, que tendrá, en cada contexto, no un sentido eterno y universal, sino el que nace de ese contexto, inesperado y nuevo”. Cargados de sentidos, los caballos del *Martín Fierro* hacen algo mejor que copiar lo real: lo reinventan, con otra fuerza en cada lectura.
- 39 En la *Ida*, el caballo aporta ganancia en el mercado de apuestas y suscita la resistencia a la ley con robos que hacen justicia por mano propia. En la *Vuelta*, adquisición y utilidad no obturan cierto acercamiento afectivo al animal, pronto desplazado por la ventaja obtenida de saberes indios. Ajenos al caballo temático, pintoresco, épico, convertido en universal para beneficio del localismo nacionalista y el monopolio de la oligarquía ganadera-militar, los caballos del *Martín Fierro* siguen incorporando sentidos al poema. Su movilidad textual, que hemos puesto en relación con la violencia económica acelerada por el Estado nacional en la década de 1870, estampa en versos el efecto vital de leyes injustas, el aprovechamiento del trabajo y saber del oprimido, la resignada asunción del consumo, la competencia individual como única posibilidad de vida. El trazo poético de inequidad económica hace cantar lo material, lo pone a significar en las crisis del presente.

BIBLIOGRAFÍA

AMANTE, A. (2023), “Prólogo. El *Martín Fierro* en tafilete rojo”. José Hernández. *Martín Fierro*. Buenos Aires, Eudeba, p.9-62.

- APPADURAI, A. (ed.) (1991), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México, Grijalbo.
- BORGES, J.L. (1964), "La poesía gauchesca". *Discusión*. Buenos Aires, Emecé.
- CUNNINGHAME GRAHAM, R.B. (s/f), *Los caballos de la Conquista*. Traducido y comentado por Justo P. Sáenz (h). Buenos Aires, Kraft.
- CHIARAMONTE, J.C. (1971), *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina. 1860-1880*. Buenos Aires, Solar/Hachette.
- ESPOSITO, R. (2016), *Las personas y las cosas*. Buenos Aires, Katz Editores.
- GALLO, E. (2013), *La república en ciernes. Surgimiento de la vida política y social pampeana, 1850-1930*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- GARAVAGLIA, J.C. (2001), "El Martín Fierro y la vida rural en la campaña de Buenos Aires". José Hernández. *Martín Fierro*. Edición crítica (Ángel Núñez y Élica Lois coord.). París, Archivos, ALLCA XX, p. 654-690.
- HALPERIN DONGHI, T. (1985), *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires, Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella.
- HERNÁNDEZ, J. (2001), *Martín Fierro*. Edición crítica (Ángel Núñez y Élica Lois coord.). París, Archivos, ALLCA XX.
- HERNÁNDEZ, J. (2005), *Martín Fierro*. Buenos Aires, Cántaro.
- JONES, K.L. (1984). *Conflict and Adaptation in the Argentine Pampas 1750-1880*. Chicago, The University of Chicago.
- LAMBORGHINI, L. (2003), "El gauchesco como arte bufo". Julio Schvartzman (dir. de vol.). *La lucha de los lenguajes*. Vol. 2 de Noé Jitrik (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé, p.105-118.
- LEUMANN, C.A. (1945), *El poeta creador. Cómo hizo Hernández "La Vuelta de Martín Fierro"*. Buenos Aires, Sudamericana.
- LOIS, É. (2001), "Notas explicativas". *Martín Fierro*. Edición crítica (Ángel Núñez y Élica Lois coord.). París, Archivos, ALLCA XX.
- LUDMER, J. (1988), *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires, Sudamericana.
- MANSILLA, E. (2007), *Pablo o la vida en las pampas*. Traducción de Lucio V. Mansilla. Estudio preliminar de María Gabriela Mizraje. Buenos Aires, Colihue-Biblioteca Nacional.
- MANSILLA, L.V. (1963), "El famoso fusilamiento del caballo". *Entre-nos. Causeries del jueves*. Buenos Aires, Hachette, p.117-144.
- MARTÍNEZ ESTRADA, E. (2005), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- OPERÉ, F. (2001), *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*. Buenos Aires, FCE.
- PRIETO, A. (1977), "La culminación de la poesía gauchesca". AAVV. *Trayectoria de la poesía gauchesca*. Buenos Aires, Plus Ultra, p.81-102.
- RODRÍGUEZ MOLAS, R. (1994), *Historia social del gaucho*. Buenos Aires, CEAL.
- SÁENZ, J.P. (h). (1997), *Equitación gaucha en La Pampa y Mesopotamia*. Buenos Aires, Emecé.
- SAER, J.J. (1997), "La canción material". *El concepto de ficción*. Buenos Aires, Ariel, p.173-176.

- SAER, J.J. (2003), *Glosa*. Buenos Aires, Seix Barral.
- SAER, J.J. (2003a), *El río sin orillas*. Buenos Aires, Seix Barral.
- SHELL, M. (1985), *Dinero, lenguaje y pensamiento. La economía literaria y la filosófica, desde la Edad Media hasta la época moderna*. México DF, FCE.
- SCHVARTZMAN, J. (2003), "Las letras del *Martín Fierro*". Julio Schwartzman (dir. de vol.). *La lucha de los lenguajes*, vol. 2 de Noé Jitrik (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé, p.225-250.
- SCHVARTZMAN, J. (2013), *Letras gauchas*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- SUED, E. (2018), "Matrerismo y espacio en la literatura argentina del siglo XIX". Actas del Congreso Cuestiones críticas, CETYCLI, FHyA, Universidad Nacional de Rosario. <https://www.cetycli.org/trabajos/suedemilianoCC2018.pdf>
- VIÑAS, D. (2013), *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Galerna-Santiago Arcos.

NOTAS

1. En el marco de una investigación sobre economías de la literatura argentina, este artículo focaliza una línea que dejé enunciada en un trabajo anterior, dedicado a la forma "contable" del poema en el balance de bienes y penas: ver p.68 de "Todito mi haber: *Martín Fierro* como libro de cuentas". *Argos. Revista electrónica semestral de Estudios y Creación Literaria*, Volumen 10, número 25 / enero-junio 2023, páginas 54-86. Universidad de Guadalajara, México. ISSN 1562-4072. DOI: 10.32870/argos.v10.n25.4a23.

RESÚMENES

El *Martín Fierro* de Hernández superpone al artificio gauchesco otra mediación, cuando la voz escrita del gaucho se mezcla con el *idioma de las mercancías* (Shell), limitadas en la periferia pampeana a bienes ganaderos. El menoscabo de los objetos devenidos mercancías replica un efecto del lenguaje, que al designar la cosa produce despojamiento (Esposito). Acelerada al promediar la década de 1870, la transformación liberal altera la escritura de la voz, convincente en el recitativo embroncado de la *Ida* (1872), importunada en la *Vuelta* (1879) por afán pedagógico y palabras extrañas al gaucho (*alquirit*, *capital*). Mercancía biológica, el caballo condensa la expropiación estatal que denuncia la *Ida*; cotizado por la plusvalía de crianza india, propicia la adaptación laboral que aconseja la *Vuelta*.

Le *Martín Fierro* de Hernández superpose une autre médiation à l'artifice du genre *gauchesco*, lorsque la voix écrite du gaucho se mêle au *langage de la marchandise* (Shell), limité dans la périphérie des Pampas aux biens d'élevage. La dépréciation des objets devenus marchandises réplique un effet de langage qui, en désignant la chose, produit dépouillement (Esposito). Accélérée au milieu des années 1870, la transformation libérale altère l'écriture de la voix, convaincante dans le récitatif énervé d'*Ida* (1872), intrusive dans la *Vuelta* (1879) en raison de l'empressement pédagogique et des paroles étranges au gaucho. Marchandise biologique, le

cheval condense le pillage étatique que dénonce l'*Ida*; cotisé par la plus-value de l'élevage indien, il favorise l'adaptation au travail que conseille la *Vuelta*.

ÍNDICE

Mots-clés: Affection et utilité. Question indienne. Langage, objets et marchandises. Lois et usages.

Palabras claves: Afecto y utilidad. Cuestión del indio. Lenguaje, objetos y mercancías. Leyes y usos.

AUTOR

JUAN PABLO LUPPI

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Argentina.

Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.